

OBSCURO, -RA

(oβs'kuro, -ra)

Incierto/a, de modo que infunde temor, inseguridad o desconfianza. Desconocido/a, mal conocido/a o misterioso/a.

A AMBOS LADOS DEL ESPEJO

A AMBOS LADOS DEL ESPEJO



Iván Ledesma

Prólogo de Isabel del Río



OBSCURA
e d i t o r i a l

© 2024, Iván Ledesma
© 2024, Obscura Editorial, S. L.
Avinguda d'Esplugues, 77. 08034 Barcelona
© 2024, Isabel del Río, por el prólogo
© 2024, David Rendo, por la ilustración de cubierta
y las ilustraciones del interior

Primera edición: febrero de 2024

Fotografía del autor: @aldesingstudio
Composición de cubierta: Marc Vilaplana
Maquetación: Joana Macià Domingo
Corrección: Joana Macià Domingo y Roser Vales i Abenoza
La ilustración de la huella es un recurso de Flaticon.com

Todos los derechos reservados. Agradecemos que haya comprado una edición autorizada de esta obra. De acuerdo con las leyes de *copyright*, esta publicación no puede ser reproducida ni distribuida, ni total ni parcialmente, del mismo modo que se prohíben cualquier tipo de reproducción y comunicación pública de la misma sin el consentimiento previo por escrito del titular o titulares. En caso de necesitar fotocopiar o escanear un fragmento de esta obra, diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>).

Printed in Spain - Impreso en España

ISBN: 978-84-127327-3-3
Depósito legal: B 18699-2023

Impreso en Gràfiques Rey, S. L.
Carrer d'Albert Einstein, 54
08940 Cornellà de Llobregat
Barcelona

A mi tía Pepa

No tiene utilidad volver a ayer,
porque entonces era una persona distinta.

Alicia en el país de las maravillas, LEWIS
CARROLL

Hay un tipo dentro del espejo
que me mira con cara de conejo.
Oye tú, tú que me miras:
¿es que quieres servirme de comida?

Soy un macarra, ILEGALES

ÍNDICE

<i>Prólogo</i> de Isabel del Río	13
A este lado del espejo	17
Al otro lado del espejo	65
A ambos lados del espejo	127
<i>Agradecimientos</i>	151

PRÓLOGO

Dejo las páginas a un lado y me siento ante la pantalla que ilumina el estudio con aire fantasmal. A lo lejos, puede que desde el edificio de enfrente, pues el eco distorsiona la dirección y las palabras, oigo la discusión de una pareja, un hombre y una mujer, alterados; después, un portazo. De nuevo, el silencio invade cada centímetro del piso a oscuras, solo interrumpido por la respiración tranquila de quienes duermen.

Siempre me ha aterrorizado la historia de esa niña que es arrastrada por un ser de un mundo imaginario a otro más allá de su comprensión, lejos de lo conocido y las leyes de su realidad, y de pronto se ve ahí, arrojada al azar del destino y la verdad de la mirada de los otros.

Qué curioso fue, entonces, cuando recibí el encargo de escribir el prólogo para el manuscrito que acabo de leer, con un título provisional que hace referencia a la historia de Lewis Carroll y una cita del mismo en la primera página.

Aquellos que ya conocáis al autor de las páginas en las que pensáis adentraros, sabréis que disfruta retorciendo la realidad y se deleita en las sombras que la ciudad nos ofrece. Así pues, siguiendo su propio estilo, ha partido de nuestro mundo actual para sacarse de la chistera a

una Alicia adulta y desencantada de la vida que, a través del espejo, refleja los abusos de las relaciones humanas, de una sociedad sorda, ciega y muda al dolor y la injusticia, donde solo un conejo un poco bastante bruja puede torcer y quebrar la realidad, para quizás, o no, resarcirla.

Y es que, como ya he dicho, nos encontramos ante una imagen embrutecida de un cuento que nos muestra a nuestro *doppelgänger* o, mejor, aquello que podríamos devenir y sus consecuencias. Una lección catártica de la que sus protagonistas deberán renacer, dejando atrás su pestilente y sucia crisálida, para devenir aquello que sean capaces de crear con el tiempo que les quede.

Mas, no vayáis a confundiros, esto no es un *retelling*, sino un reflejo, por lo que Ledesma no ha dejado de lado los guiños a los personajes más carismáticos de la obra de Carroll, como el Gato de Cheshire, quien no abandona su carácter ambiguo y extraño, junto con sus sabios consejos y esa sonrisa —solo en los labios, que no se refleja en los ojos— para encajar en un mundo en el que quizá no hagas *click*, pues deberías pertenecer a otro puzle, o eso crees tú.

Por supuesto, el conejo, a quien ya he mencionado, no podía faltar: esta mutación de un animalillo bien vestido y siempre con prisas, que se dirige a una madriguera subterránea, a una anciana dispuesta a tomar una taza de té en su piso del ático —curiosa alianza con el Sombrero Loco—. Ambos, personajes lunares que simbolizan la noche y rememoran secretos de diosas arcanas relacionadas con la fertilidad y la caza. Ambos, también, situados en espacios liminales, entre lo que hay arriba y lo que hay abajo, borrando líneas divisorias y abriendo puertas a lo

A AMBOS LADOS DEL ESPEJO

que hay en medio, entre un mundo y otro, entre el aquí y el «y si...», entre la cotidianidad y el horror que se oculta en ella.

Pero más allá de las semejanzas al cuento maravilloso, esta es una crítica feroz a la violencia de género y a nuestra sociedad, a cómo dejamos que otros paguen nuestras frustraciones en la vida y llenen el hueco de dolor que generan las oportunidades perdidas. A una violencia perpetrada por los más cercanos, no solo física, sino también enajenante, que te arrebató quien eres y tu propia realidad, tu tiempo y alegría.

Ledesma empieza fuerte, de forma violenta y brutal, con una mujer que sufre y decide sobrevivir. Pero pronto todo se pone patas arriba: la víctima convertida en anti-héroe, los distintos rostros de un mismo reflejo, las historias que podrían haber sido y que, tristemente, son. La divergencia nos muestra un abuso ambivalente y volvemos a la anciana, a ese genio que concede deseos tan torcidos como las historias que Ledesma escribe, o quizás un hada madrina justiciera, cansada ya de ver, oír y callar.

ISABEL DEL RÍO



I

A ESTE LADO DEL ESPEJO



¿Alguna vez has sentido que vas a morir? No me refiero a cuando asumes tu propia mortalidad. Eso nos llega a todos en algún momento, ya sea cuando se acerca la hora de peinar canas, cuando te diagnostican la gran C, cuando se muere el abuelo o cuando un coche atropella a tu mejor amigo y solo te queda de él un ataúd, cerrado, para no ver el destrozo que hay dentro, y un montón de preguntas sin respuesta.

Hablo de ti, pensando: «Vale, me voy a morir aquí y ahora». Y asumiéndolo. Masticando esa realidad en tu cabeza, tratando de decidir si la vida que has llevado ha merecido la pena o si solo ha sido una parodia estúpida y sin sentido que hay que acabar cuanto antes.

En mi caso, recuerdo perfectamente el momento, pero no recuerdo partes de la discusión, quizás alguno de los golpes que recibí mató las neuronas que tenían que guardarlos. El motivo fue el de siempre: la única que metía dinero en casa era yo, y el único que se lo gastaba en cervezas y vodka era él.

Roger.

Luego venía esa canción tan triste que cantaba demasiado a menudo y que no conseguía nunca que me gustara ni la melodía ni la letra, aquella que decía que la cosa

estaba muy mal para encontrar trabajo de lo suyo, que yo era una mala persona por acosarlo en horas bajas, que parecía que lo hiciese a propósito para joderle la vida, y que desde que tuvo el accidente en la joyería le habían puesto en una lista negra, y a lo mejor se largaba y me dejaba sola y amargada. Porque eso es lo que era yo: una mal follada, una loca del coño a la que nadie iba a soportar. Excepto él, claro.

Qué buena persona era el cabronazo de mierda.

Y ahí era cuando solía empezar a dar puñetazos a las paredes y a las puertas. Mientras, me miraba fijamente. Sin decir nada más. Porque ya estaba todo dicho, y solo quedaba verle destrozar lo poco que teníamos.

Con ese tipo de persona había decidido compartir mi vida. Visto ahora, medito si el golpe en la cabeza me lo había ya dado antes y por eso acabé en una relación destructiva con semejante engendro.

Normalmente, llegados a este punto, yo bajaba el tono. Por el vértigo a lo desconocido. Por el miedo a lo conocido. Y por lo reconfortante de cuando estábamos bien. Que ya ni recuerdo cuándo fue la última vez que estuvimos bien. Pero lo otro no sé cómo podría salir. Y esa duda ya era suficiente para hacer que echara el freno.

Y al final todo se calmaba en un par de días, en los que simplemente no nos hablábamos y hacíamos ver que no pasaba nada, como si el otro no existiese. Y después volvíamos a lo de siempre. Él a jugar a la consola y a beber, y yo a trabajar para pagar sus caprichos.

Pero ese día algo hizo clic en mi cabeza.

No sé si fue el cansancio tras diez horas atendiendo a idiotas en la gestoría o ver la bolsa de maría recién com-

prada encima de la mesa. Quizá fueron los tres packs de veinticuatro latas y las dos botellas de Smirnoff que copaban la nevera, o la vergüenza que pasé cuando fui a comprar al super la comida para la semana y vi cómo dene-gaban el pago con la tarjeta por falta de dinero.

Y estábamos a día cuatro.

Jodido día cuatro y la cuenta vacía.

Y él se había comprado una bolsa de hierba, un mon-tón de cerveza y dos botellas de vodka. Todo ello elemen-tos básicos para casa. Para él. Porque la casa era *él*. Y sus enormes y apestosos huevos aposentados en el sofá.

Cuando se lo reocriminé, él dijo:

—¿Tienes la regla o qué? Tendría que largarme de esta puta casa y dejarte sola, a ver quién coño te aguanta. Puta amargada de mierda.

Yo, en lugar de bajar la mirada, le dije:

—Pues ahí tienes la puerta. Ya puedes coger tu mier-da y pirarte. Y de paso bajas la basura, que ni si quiera has sido capaz de hacer eso en todo el puto día, ahí sentado rascándote las pelotas.

De la impresión se quedó bloqueado. Y me di cuenta de que había perdido mucho tiempo, energía y dinero con aquel cretino. Y que aquello era el final del camino y que a partir de ahí todo iba a ir bien.

Y sonreí. Por primera vez en mucho tiempo. Porque el enorme peso de la culpa, el miedo y el bloqueo que sufría se estaban desvaneciendo en ese momento. Y vi la libertad, al fondo de aquel callejón negro y oscuro en el que llevaba tantos años metida.

Él comenzó a ponerse rojo —pensé, erróneamente, que era de vergüenza— al darse cuenta de que yo iba to-

IVÁN LEDESMA

talmente en serio. Por lo que pasó después, sé que era otra cosa. Era rabia. Era odio.

Es eso que suelen murmurar los asesinos machistas cuando los detienen: «No sé qué pasó, lo vi todo rojo y luego ahí estaba yo, con las manos llenas de sangre».

De lo que sucedió entonces tengo una laguna mental, supongo que debido a la conmoción. Solo un fogonazo doloroso cuando el puño (lleno de anillos de acero con el escudo del puto equipo de fútbol de sus amores) me impactó en la cara, y noté el chorro caliente de sangre que me salió disparada de la nariz mientras me iba al suelo.

Recuerdo haber pensado de forma incongruente: «Oh, dios, se va a ensuciar todo».

Sé que entonces empezó a darme patadas en la cabeza, pero, por suerte, en ese momento ya estaba al borde de la inconsciencia.

Y, al desmayarme, agradecí la oscuridad indolora mientras pensaba:

«Voy a morir, aquí y ahora».

Pero no.

Toda la casa estaba en silencio.

Y el conejo sorprendido me miraba fijamente desde la vieja portada de *Alicia en el país de las maravillas*, con su reloj de bolsillo y el agujero por el que se disponía a huir. Aquel era uno de los pocos libros que me había traído de casa cuando me mudé y que hacía años que no veía porque estaba en la última estantería a nivel del suelo, aplastado bajo la infinita cantidad de revistas de consolas y diarios deportivos que Roger iba apilando allí. En el hueco entre el sofá y la pared. Hacia donde estaba encerrada mi cabeza en ese momento.

Porque, claro, ahora estaba tirada en el suelo.

Asumí, asombrada, que me había dado por muerta.

No eran conjeturas: el cabrón me había enrollado dentro de la enorme y fea alfombra que nos regaló su madre cuando nos fuimos a vivir juntos, y luego la había atado con un montón de cinta aislante.

Me había dispuesto como basura de la que deshacerse en algún contenedor lejano.

Noté una peste fuerte y penetrante que me escocía en los ojos, tanto el que podía abrir como el otro, que solo era una cosa hinchada y palpitante que enviaba señales

de dolor y náusea a mi cerebro desde algún punto de mi cara inflada.

Me sorprendió.

¿Era lejía?

Y entonces lo comprendí.

El puerco había limpiado los muebles, donde supuse que la sangre había salpicado.

Tantas noches viendo documentales de asesinos en serie en Netflix le habían agudizado los sentidos. Yo pensando que la marihuana le estaba friendo las neuronas y resulta que con eso sí que se había quedado. Si limpias con lejía pura eliminas pruebas y destruyes restos de ADN y sangre.

¡Y había fregado hasta el suelo!

En cinco años viviendo juntos no había hecho eso *nunca*. No había fregado un plato ni un vaso. Café que se tomaba, vaso que dejaba en la mesa del comedor, hasta que, en una ocasión, después de una bronca monumental, yo había conseguido que lo llevara al fregadero, cosa que me vendió como «una gran cesión por su parte».

Pero, oye, se acojona pensando que me ha matado y se pone a limpiar la casa como si no hubiese un mañana.

Qué hijo de su madre. Y qué gilipollas yo al juntarme con él.

A pesar de la situación, intenté esbozar una sonrisa. Pero no me salió, los labios rotos y la sangre coagulada que los sellaban me lo impidieron.

Como pude, empecé a forcejear hasta sacar los brazos de la alfombra, y reptando me deslicé fuera de ella; como una mariposa mutilada emergiendo de su crisálida, vine a la vida de nuevo, renaciendo entre sangre, sudor, polvo

y roña seca que se había acumulado en la felpa de la alfombra. Recuperé el aliento y después me puse a cuatro patas y dejé huellas sangrientas en el suelo todavía húmedo, con intención de levantarme.

Un acceso de náuseas me hizo vomitar lo poco que tenía en el estómago. Un montón de bilis que me abrasó la garganta al salir junto a cuajarones de sangre y un par de dientes, que supongo que me había tragado estando inconsciente, formaron un pequeño charco oscuro y maloliente en el suelo recién fregado.

«Que se joda y lo vuelva a limpiar», pensé al verlo.

El dolor de cabeza y el mareo eran atroces. Toda mi ropa estaba manchada de sangre espesa a medio coagular.

Me levanté lentamente y apoyándome en las paredes llegué al lavabo, dejando tras de mí un rastro rojizo allá por donde iba posando las manos.

Me miré en el espejo. No me extraña que pensara que me había matado. Hasta yo me habría dado por muerta.

Me habían saltado varios dientes, y tenía la cara tan inflada y llena de hematomas que apenas me reconocía debajo de todo aquel dolor.

Bueno. Estaba claro que aquello no era accidental. Y no solo eso. Tampoco había llamado a nadie. No.

Porque uno puede matar, pero luego arrepentirse, llamar a la policía, a la familia, a un hospital. Uno puede suicidarse por los remordimientos. Uno puede, después de ser un asesino, tener la ilusión de que hay redención y se puede recuperar algo de esa humanidad que se le ha escapado entre los dedos, y hacer algo.

Pero no.

Me había envuelto en una alfombra, porque no iba a

reconocer lo que había hecho. No iba a pagarlo. No iba a asumirlo, como no había asumido absolutamente nada de lo que había hecho en su miserable vida.

¿Dónde se había metido el muy cerdo?

Si me hubiera oído vomitar y arrastrarme por el piso ya habría salido de la habitación.

Solo teníamos una habitación.

«Lo siento, nena, se me ha ido un poco la mano, me voy un rato al bar a tomarme algo para que se me pase el disgusto. ¿Te importa acabar de limpiar tú? Procura no ir manchándolo todo a tu paso, que entonces tendrás doble trabajo, no digas que luego no te ayudo».

No. No habría disculpa. Había ido muy lejos. Sabía que para mí esto era la línea roja. La violencia directa. Podía haberme jodido la vida de mil formas, ejerciendo una violencia sorda y miserable. Pero nunca física. Esa era la frontera que sabía que yo jamás podría perdonarle. Todo lo demás había ido ganándolo lentamente con los años, casi sin darme cuenta. Casi sin que pareciese que era violencia.

Aquí no habría vuelta atrás. Al *statu quo*. No haríamos ver que no había pasado nada.

Mi cara indicaba lo contrario. Los dientes que había vomitado lo explicaban muy gráficamente.

Aquí habría remate de la faena. Habría golpe de gracia y se aseguraría de que no volviera a salir de la alfombra.

De vuelta a la crisálida. Al útero de pelusas, migas de pan duro y polvo. Para siempre jamás, perdida entre miles de bolsas de basura en algún descampado, siendo devorada por ratas, o enterrada en medio de una anónima montaña.

A AMBOS LADOS DEL ESPEJO

Vi mi monedero expoliado sobre la mesita de la entrada.

Al menos había cosas que no cambiaban. Sí que se había ido al bar a tomar algo. A meditar. A esperar la noche. A decidir cómo librarse del paquete cuando nadie le viera.

De la cosa.

De mí.

Vale.

Me fui a la cocina y cogí el cuchillo más grande y afilado que tenía.